TOMO I
LA
TEORÍA
DE
KIM
JAY SANDOVAL
CROSS BOOKS

LA TEORÍA DE KIM

JAY SANDOVAL

CROSS BOOKS

00.

CALIFORNIA.
152 DÍAS ANTES DE...

El tiempo es relativo, completamente imaginario ante los ojos de los soberbios, y frágil como una dulce ilusión.

—¿Es seguro estar aquí? —preguntó temeroso el hermano mayor mirando a su alrededor mientras se acercaban—. Taylor, ¿estás escuchándome? —pero este ni siquiera parecía estar prestándole atención.

El ulular de un búho se filtraba entre el silencio de la noche. Los hermanos Kim no le prestaron atención. Quizá su canto simplemente anunciaba el cambio de estación, no quisieron verlo como un mal augurio. Sobre todo, Taylor parecía obsesionado con atravesar aquella barrera de alambre que cubría el perímetro del bosque. Estaba oscuro, tanto que ninguno de ellos pudo leer con claridad el cartel que prohibía el paso.

Taylor maldijo cuando encontró la cadena que aseguraba el lugar, donde él creía que se escondía una gran conspiración. Pero estaba decidido a averiguar de qué se trataba todo.

—¡Por supuesto que sí! Ahora, ayúdame con esto —pidió a su hermano. Tomó las tenazas que había traído con él y comenzó a cortar la malla.

—¿Qué? ¿Me trajiste aquí para allanar una propiedad privada?

Su hermano mayor se cruzó de brazos, molesto, porque sin importar cuántas veces hablara, nunca lo escuchaba. Taylor volteó a verlo.

—Sean —dijo como señalando algo obvio—, en realidad te traje porque mamá no me habría prestado el auto a mí. Además, cuando descubra qué pasa allá adentro, tú podrás recibir un poco de crédito.

—Es un lago, Taylor, no hay nada más. Ni alienígenas, ni laboratorios, ni secretos de Estado. Hemos hecho esto tantas veces que ya perdí la cuenta. Así que, por favor, vámonos antes de que sea muy tarde.

—Se trata de algo importante. Hace unos días, te juro que vi personas sospechosas y decenas de camiones entrar por aquí. Debe de ser una máquina, quizás un experimento... ¡o tal vez incluso un monstruo!

—Eso no te suena... no lo sé, ¿peligroso? ¿Por qué eres tan raro? —dijo mirándolo con incredulidad—. Consíguete una novia o únete al club de ajedrez, lo que sea que entretenga a tu extraño ser.

—No necesito una novia, eso es lo tuyo. Tú eres el guapo y yo el inteligente, así es como funciona nuestra familia.

—¿Acabas de llamarme imbécil?

—Sí, pero con mucho afecto.

—Como sea, no tengo tiempo para esto. Tomaré el auto y me marcharé, se supone que iría al cine con unos amigos hoy.

—¿Me abandonas por una estúpida película? —Se acomodó los anteojos, ofendido.

—No es cualquier película, es el estreno de la nueva *Rocky*. Será de lo que todos hablen mañana.

—Debes estar bromeando. ¿Me dejas por Sylvester Stallone? ¿Dejas a tu hermano por un falso boxeador?

El cielo resplandeció con un rayo antes de que un fuerte estruendo resonara por todo el lugar.

—Sí. Además, parece que lloverá pronto. Te veré más tarde.

Con un movimiento de despedida, Sean Grace Kim regresó al auto, se colocó su típica chaqueta de mezclilla y peinó perfectamente su frondoso cabello hacia atrás. Era un chico a la moda, todo lo contrario al vándalo *come libros* que tenía por hermano menor; lo amaba, pero no entendía ni la mitad de las cosas que decía.

Arrancó, dejándolo solo.

—Eso es. Lárgate, traidor —masculló Taylor al verlo alejarse.

Genial, ahora estaba solo en medio del bosque.

Suspiró con fuerza para hacer un último corte en la malla y atravesó la pequeña brecha que había creado. Sus pies crujían a cada paso que daba. Encendió su linterna para alumbrar el camino.

Desde que había llegado a ese país se había prometido que sería parte de algo grande. Un gran científico, físico matemático y demás, pero hasta la fecha no era más que un vago con demasiada imaginación, según las palabras exactas de su hermano.

Sus experimentos siempre salían mal. Ya había incendiado la escuela, dejado sin electricidad a todo el vecindario, acusado al gobernador de ser un extraterrestre y boicoteado el concierto de Madonna, dos veces. Aunque lo último fue pura coincidencia. Él sabía que si encontraba algo lo suficientemente importante, quizás resolvería todas sus dudas y reduciría su número de fracasos a cero.

Continuó caminando entre los árboles hasta que llegó cerca del lago. Logró ver una construcción en el otro extremo de este. Parecía ser más una casa que un edificio por lo compacta que era. Había antenas con luces e incluso un pararrayos en su exterior, además de los vidrios oscuros que no dejaban demasiado a la vista. Quiso acercarse, podía ver personas discutiendo y un objeto metálico peligrosamente cerca de la orilla. ¿Qué estaban esperando? ¿Por qué cuando parecía que la lluvia estaba cerca? Taylor realmente sentía que necesitaba escuchar qué decían.

Las primeras gotas brotaron del cielo una a una mojando su cabello y empañando sus anteojos. Siguió avanzando como podía, aunque le era imposible ver con claridad. Un destello que iluminó completamente el cielo nocturno lo cegó por un par de segundos. Cayó al suelo, aturdido.

Intentó ponerse de pie, pero de pronto todo se oscureció. Fijó su vista al frente: ya no había más luces y las personas habían corrido para refugiarse de la tormenta que se desataba a su alrededor mientras las ramas de los árboles revoloteaban con rudeza. No pintaba nada bien el clima. Debía irse de allí ya si no quería terminar fulminado por un rayo.

Sentía que las ondas de sonido de los truenos rebotaban en el centro del lago y se expandían hasta estremecerlo. Se arrastró entre la tierra hasta que de pronto chocó contra algo... algo humano.

¿Un cuerpo?

Su campo de visión se había nublado por la lluvia incesante. De lo único que tenía certeza era de que había una persona inconsciente frente a él. No supo reaccionar, estaba demasiado cerca de la orilla y lo más seguro era que se tratara de otro chico curioso como él. La situación era estúpida, por no decir espeluznante, y estaba seguro de que se arrepentiría más tarde, pero no era un maldito desalmado como para dejarlo así.

Taylor lo tomó del torso y se aferró a él para levantarlo, trastabillando entre las ramas y golpeándose contra cosas que le eran difíciles de distinguir. La tempestad se había desatado y el agua resbalaba por las puntas de su cabello. Mientras avanzaba, experimentó un profundo sentimiento de asedio. Aquellos pasos entre el fango eran los mismos que había dejado solo minutos atrás.

Después de mucho esfuerzo, finalmente llegó a casa.

Entró por la puerta trasera, esperando no encontrarse a nadie. Si su hermano lo veía con un extraño moribundo en medio de la sala el próximo en encontrarse entre la vida y la muerte sería él.

Taylor temblaba demasiado y no pudo evitar pensar en que nunca debió salir esa noche. En un intento por esconderlo, arrastró al sujeto por las escaleras hasta que, preso del pánico, se encerró junto con él en su habitación.

Se desvistió e hizo lo mismo con el extraño. Ninguno de los dos moriría de frío. Ni él ni el chico que parecía haber sido escupido por el lago. Al sacarle la camiseta empapada, se quedó observándolo. Su aspecto era extraño. Tenía una perforación en la oreja y zapatos de tela de un estilo que nunca había visto. Tampoco reconocía su

rostro, así que supuso que ese chico no era de la ciudad. Le prestó algo de ropa y lo dejó reposar sobre su cama.

Taylor caminó hasta el armario mientras se cambiaba. Continuó secándose el cabello con una toalla cuando escuchó los resortes de su cama rechinar. Volteó para ver al chico, que había despertado. Se agarraba la cabeza con una mano y con la otra presionaba su pecho, seguramente aún con la sensación de ahogo en la garganta.

—¿En dónde estoy?—preguntó.

—Hola —Taylor se acercó a él—, estabas inconsciente en la orilla del lago. Te traje a mi casa, llovía demasiado. ¿Cómo te sientes?

—¿Dónde está mi familia? ¿Quién eres tú?

Despertar en la casa de un extraño con una ropa distinta era demasiado escalofriante. Taylor no lo culparía por mirarlo de esa manera. El chico se tocó el abdomen para asegurarse de que sus dos riñones estuvieran en su lugar. Pareció respirar un poco más tranquilo al notar que su anfitrión se veía igual de asustado.

—Soy Taylor, Finnian Taylor —le dijo. Su expresión asustada lo preocupó—. ¿No recuerdas nada? ¿Sabes cuál es tu nombre?

Parpadeaba constantemente. La habitación estaba llena de pósteres que se le hacían antiguos y cerca de la cama podía ver casetes regados en el piso.

—Mi nombre es Dakho. Fui a pescar con mi padrastro al lago. Recuerdo que me resbalé, caí del bote y luego... —Su voz se cortó, un escalofrío recorrió su cuerpo con un cosquilleo travieso, como si se tratase de una descarga eléctrica.

—¿Luego...?

—Luego desperté aquí —Dakho intentó levantarse—. Tengo que irme, deben de estar buscándome en el hotel.

Taylor ladeó la cabeza. La entrada a ese lago había estado prohibida desde que tenía memoria.

—¿Cómo rayos te dejaron entrar a pescar? No hay ningún hotel en kilómetros. ¿De qué estás hablando?

—Un hotel grande y lujoso a diez minutos del lago... Tienen barra libre y wifi gratis. ¿Cómo es posible que no sepas que existe? —respondió atropelladamente ante la mirada extrañada de Taylor.

—¿Qué es wifi?

Dakho se puso de pie, pero en cuanto tocó el piso sintió que una fuerte corriente de energía recorría todo su cuerpo a través de sus plantas descalzas.

—¿Cómo que qué es? —Dakho escrudiñó su rostro para ver si estaba burlándose de él—. ¿Internet? ¿Nada?

Taylor negó con la cabeza. En ese momento, Dakho se fijó por primera vez en el chico que lo había salvado. Tenía una camisa de tela fina, anteojos y los pantalones arriba de la cintura. Hablando de pasado de moda...

Dakho caminó hacia la ventana ante la mirada preocupada de Taylor, la abrió y señaló hacia afuera:

—¿Ves? Es un gran edificio que se ve a kiló... No... ¡No puede ser!

Parecía un sueño, lo único que podía ver eran árboles y pequeñas casas antiguas.

—Te lo dije, no hay nada así aquí.

Histérico, comenzó a buscar entre sus bolsillos.

—Mi celular —sacó el aparato—, mierda, mierda, mierda —dijo frustrado y volvió a sentarse en la cama—. Está arruinado.

—¿Qué demonios es eso?

—¿Un celular? ¿Acaso no tienes uno? —El chico negó. Y él quería llorar, iba a hacerlo—. Sabes, un teléfono, lo usas para hacer llamadas.

—Te-tengo un teléfono —tartamudeó señalando hacia el gran aparato de plástico con botones y cordón rizado. Dakho caminó rápidamente hacia el teléfono, marcando los números en un intento desesperado de llamar a su padrastro.

—Vamos, vamos, contesta...

Pero la línea estaba muerta. Dakho comenzó a hiperventilar.

Había una prehistórica televisión en una esquina de la habitación, parecía un cajón viejo.

—¿Dakho, estás bien? Creo que debería revisarte un médico. Si caíste al lago, pudiste morir ahogado.

Su estómago estaba revuelto por aquellas paredes viejas, los focos colgantes, ese jodido teléfono y el chico de cabello castaño que no parecía tener idea de lo que le decía. No, no, no. Debía estar muerto y

esto no era real. Era impensable, algo que Hollywood y los científicos habían estado explotando por años no podía estar pasándole a él.

Vio un periódico sobre el escritorio de Taylor. Lo tomó como si temiera la respuesta. En la contraportada, el anuncio de la premier de una película que se había estrenado hacía treinta años y que él conocía demasiado bien se exhibía en ese preciso momento. Revisó la fecha y maldijo internamente.

—Claro que no contesta su teléfono... su número aún no existe... —farfulló y luego subió progresivamente su tono de voz—. El hotel tampoco existe, allá será verano treinta y cuatro años adelante, pero aquí hay una tormenta y yo... ¡No sé cómo mierda llegué aquí!

—Nada de eso tiene sentido.

—¡Si esto es real, ni siquiera yo debería existir!

—¡No entiendo nada de lo que dices! —El chico que Taylor había salvado parecía estar a punto de tener un ataque de nervios.

—Ese periódico ¡¿es real?! —preguntó Dakho mientras veía asustado a su alrededor—. ¿Esa es la fecha de hoy?

—Es real, sí. 1 de agosto de 1986 —dijo Taylor, confundido—. ¿Cuál es el problema?

—¡¿1986?! Escucha, tienes que ayudarme. Sé que suena loco, pero no pertenezco aquí. Yo... —respiró profundamente—, yo vengo del futuro.

Taylor intentó contenerse cuanto pudo, pero terminó soltando una gran carcajada en su cara. No más *Star Wars* para el tal Dakho.

—Oh no... Creo que te diste un fuerte golpe en la cabeza —le dijo lagrimeando de la risa—. No esperas que me lo crea, ¿o sí?

—¿Piensas que miento?

—Pienso que es imposible.

—¡Todo lo que digo es verdad! —Lo tomó de los hombros acercándose a él—. ¡Tienes que creerme! Te lo suplico, por favor.

Tragó saliva cuando lo tuvo frente a él. No era la primera vez que rescataba gente de la calle, pero esto era extraño. Lo del «teléfono» le daba puntos a su favor para hacerlo lucir creíble. Y, bueno, él había entrado al bosque buscando un monstruo, así que...

—Te creo —declaró, solo para tranquilizarlo.

No tenía sentido, pero si este chico decía la verdad, Taylor se había cruzado con el descubrimiento del siglo. Si no, quizás solo se trataba de un drogadicto más. Maldición, había dejado entrar a un lunático en su casa.

01.

1 DE AGOSTO DE 2019.

—¿Realmente piensas que puedes obligarme a ir con él?

Su equipaje ya estaba dentro del auto y parecía no haber forma de oponerse al jodido viaje padre-hijo que su madre había planeado. En realidad, se trataba de un viaje padrastro-imbécil e hijo-falso que se odian.

—Puedo y lo haré. Además, será muy divertido. Ya verás —dijo su madre mientras terminaba de tomar los últimos implementos para el camino.

—¿Divertido? Dos días en medio de la nada no suenan divertidos. Justo ahora, podría estar camino a la playa con mis amigos, pero no, tú decidiste que yo debía pasar tiempo con él.

—Ustedes dos tienen mucho en común, sé que se entenderán muy bien.

—Lo dudo.

—Oh, vamos. Dale a una oportunidad. ¿Por qué te empeñas en rechazarlo de esa forma?

Por un momento pensó que quizás todos tenían razón sobre él y su mala actitud: era demasiado mayor para hacer una rabieta y muy joven para entender cómo sobrellevar la vida. Se encontraba en el limbo y fue desde ahí que respondió.

—¡Nos mudamos a Estados Unidos por él, mamá! Tuve que reiniciar mi vida a mitad del año escolar solo porque tu nuevo novio vive aquí. Se supone que es coreano, ¿cierto? ¿Por qué no regresó él a Corea?

—Es mi esposo ahora, Dakho —dijo su madre con pesadez. Ya habían tenido esta conversación cientos de veces antes—. Además,

yo tomé esta decisión porque era una gran oportunidad laboral para mí.

—Casarte con tu jefe no venía implícito en tu ascenso.

—Necesitábamos cambiar de ambiente, tú y yo.

—¿Y papá? —soltó de repente, como temeroso de la respuesta—. ¿No crees que podría echarnos de menos?

Han Dakho nunca fue la clase de chico que se rigiera intencionalmente bajo el arquetipo del rebelde. Nunca buscó serlo, pese a su ropa oscura y sus, muchas veces, irreverentes palabras. Era en realidad alguien demasiado ingenuo, cuyo instinto de supervivencia lo mantenía más agonizante que a salvo.

Ella se acercó a su joven hijo, peinó su cabello negro delicadamente y sonrió con pena.

—Cariño, él tiene su propia vida desde hace mucho tiempo, y nosotros deberíamos concentrarnos en la nuestra.

—No tengo nada aquí, y ese tipo no me agrada. ¿Podrías tratar de entenderme?

—Sé que esto es difícil para ti, Dakho. También sé que quizás fue egoísta de mi parte y te pido una disculpa por eso; pero por primera vez en mucho tiempo me siento feliz de nuevo.

—¿Yo no te hacía feliz? —Sus ojos oscuros se abrieron con tristeza.

—Oh, cariño. Tú eres lo que más amo en este mundo, me haces demasiado feliz. —Besó su frente—. Pero la vida avanza, hijo. Y aunque hemos sido un buen equipo estos años, me parece que llegará el momento en el que ya no quieras que esté siempre contigo. No lo sé, buscarás a alguien para gozar la juventud, y bueno, para mí... un compañero con quien envejecer... no suena tan mal.

Él realmente no estaba listo para ver a su madre tomada de la mano con alguien más, para tener que compartirla; pero ella no mentía, Dakho no podía negar la luz que se había manifestado en su mirada. Y él no tenía corazón para romper sus ilusiones.

Suspiró con pesar y le sonrió.

—Está bien, la idea no me enloquece. Pero supongo que un fin de semana a solas con él no va a matarme.

—¡Ese es mi Dak! —dijo emocionada saltando para abrazarlo. El sonido del claxon los sorprendió y ella no pudo evitar sonreír satisfecha—. Es hora de irse.

Dakho pasó una mano por su cabello mientras trataba de mentalizarse en que esto no era tan malo como parecía. O al menos eso era lo que intentaba desde hacía casi seis meses.

—Adiós, mamá —se despidió con tristeza, tirando del borde de su chaqueta.

Abrió la puerta y caminó hacia el auto que lo esperaba, sonriendo tan plásticamente como podía al ver a su padrastro. Entró al vehículo y se acomodó en el asiento del copiloto, mientras su madre lo veía desde afuera agitando una mano enérgicamente.

—¡Los amo! ¡Diviértanse mucho!

El auto finalmente comenzó a avanzar y Dakho intentó hundirse en la tranquilidad de su miseria mental.

—Entonces, Dakho —dijo el hombre—. ¿Qué tal las cosas en la nueva escuela?

—No conozco a nadie y la gente es tan racista que ha empezado a joderme la existencia. Así que —sostuvo la respiración—, me va de la mierda, gracias a ti, Sean Grace.

—Oh... —el hombre mantenía su vista hacia el frente—. Supongo que me ves como el malo, pero nosotros podemos, ya sabes, ser...

—¿Amigos? Estoy siendo muy tolerante con todo esto, así que limítate a conducir, Sean Grace.

—No hay razón para ser agresivos, tu madre dijo que...

—Lo sé, lo sé. «Debo ser amable contigo».

—Escucha, entiendo que estés molesto. No pretendo reemplazar a tu padre, pero perdí a tu madre cuando era más joven, y no volverá a pasar. Ella me hace feliz. Así que si pudieras mantener las cosas tranquilas entre tú y yo te lo agradecería muchísimo.

—Solo no te metas más conmigo y yo me mantendré al margen de su cuento de hadas. ¿Tenemos un trato? —dijo Dakho sin despegar su vista de la ventana.

—Trato —le secundó.

Dakho bajó la cabeza, abatido, sacó sus audífonos y se los colocó para tratar de ignorar a Sean Grace durante el resto del camino y fingir estar en un sueño profundo; pero era tan débil que realmente cayó dormido.

Las cosas habían cambiado demasiado los últimos meses; su madre recibió un ascenso en el trabajo, comenzó a llegar tarde a casa, a pasar horas pegada al teléfono y a recibir regalos caros sin razón aparente.

Una noche, Dakho estaba muy feliz viendo *reality shows* estúpidos en la televisión cuando de repente su madre apareció en casa con comida chatarra y un hombre en la puerta. Así que sí, su madre le había traído un padrastro con su orden de patatas fritas extragrande.

Resultó que su nuevo jefe era también un viejo compañero de cuando fue estudiante de intercambio hacía más de treinta años; además, era algo así como un amor de verano que tuvo en su juventud. Solo que ahora tenía dinero y el cabello platinado. Ellos tuvieron un reencuentro romántico e inesperado de telenovela, lo que resultó en el anuncio de una boda.

Sí, él obtuvo una soda sin hielos y su madre, un esposo. ¡Aleluya!

Realmente no le pareció tan malo, no hasta que supo que se mudarían; quizás su resentimiento hacia él comenzó allí. Por eso y porque era una de las personas más egocéntricas del mundo. Desde siempre, en su casa solo hubo espacio para alguien así, y Dakho era ese alguien. Por lo que el tal *Shon Greis* Kim podía ir al asilo a creerse supermodelo.

En fin, eran solo dos días, él podía lidiar con eso. Después podría regresar a la comodidad de su nueva habitación, colgar sus pósteres y besar los muchos discos que su madre le había regalado para sobornarlo. Era todo lo que quería hacer.

—Dakho, despierta, Dakho —Escuchar su voz lejana le producía jaqueca. Se restregó los ojos con molestia.

—¿Ya llegamos?

—Así es —le sonrió—. Baja, debemos dejar el auto acá y entrar caminando.

Dakho se levantó, renuente. Vio a su padrastro luchar por sacar un par de bolsas para dormir y unas grandes telas que parecían no tener forma de portaequipaje.

«Maldita sea, me hará dormir en el suelo», pensó.

—No me culpes, fue idea de tu madre; pero si no logramos armar la tienda, iremos a un hotel grandioso cerca de aquí, te lo prometo. Pero no se le digas o me asesinará.

—Eso me da tanta paz —dijo Dakho, sarcástico.

El poco altruismo que tenía fue suficiente para ayudar a Sean Grace a cargar las cosas. No era un secreto para nadie que le costaba trabajo caminar, aunque a Dakho no le interesaba mucho, a decir verdad.

—Gracias —dijo sonriéndole—, mi pierna inútil comienza a traicionarme.

—De... nada. —La amabilidad de Sean Grace parecía quemarle. Sería más fácil ser cruel y desquitar su frustración siendo hiriente con él.

Ambos caminaron a través del sendero marcado y se adentraron en el bosque.

—Yo solía vivir cerca de aquí —dijo respirando el ambiente fresco en un intento de crear conversación—, cuando era adolescente.

—¿No era aterrador vivir tan cerca del bosque?

—De hecho, hay una gran historia sobre este lugar. Cuando era joven, esta zona estaba cerrada y se decía que había algo escondido aquí adentro.

—¿Algo como qué? —Dakho ladeó la cabeza, repentinamente intrigado—. ¿Un animal? ¿Un monstruo?

—Solían decir que hacían experimentos a orillas del lago y que se veían cosas extrañas caminando entre los árboles —sonrió con nostalgia—. O al menos eso decía mi hermano.

—Ah, tienes un hermano. Eso significa que hay más tarados como tú en el mundo —dijo sin pensarlo.

—Mi hermano falleció cuando él tenía dieciocho años.

—Mierda, no quise, yo no... Lo siento mucho. En realidad, no tenía idea y... —Joder, su boca no lo ayudaba mucho últimamente.

—Está bien, pasó hace mucho tiempo —La forma como su voz cambió lo hizo sentir culpable—. No pensemos más en eso, es mejor seguir antes de que anochezca. ¿Quieres ir a pescar?

Dakho asintió, se había quedado sin palabras.

El lago lucía pulcro y estático. La fuerte espalda de Sean se marcó cuando empujó el viejo bote en dirección hacia el agua. Dakho no pudo evitar pensar en su padre por un segundo, y aunque intentó silenciar la voz en su cabeza que le decía que su padre nunca quiso pasar tiempo con él, no pudo.

Lo vio tomar un salvavidas naranja y acercarse.

—Yo no voy a usar eso. Eres idiota si crees que lo haré —dijo, reaccionando.

—La seguridad ante todo —insistió su padrastro—. Un salvavidas no dañará tu estilo de chico gótico.

—Dije que no. Y no soy gótico, no seas ridículo.

—¿O era emo? Qué rebelde. ¿Al menos te colocaste protector solar como te pedí?

—Sí, falso padre, lo hice.

—Bien, entonces, ¿qué esperas? Toma una caña y vamos. Te enseñaré a pescar.

—Más te vale hacerlo bien —dijo con tosquedad, a pesar de que la idea de aprender a pescar lo emocionaba ligeramente.

La tarde avanzó entre un cielo que pasaba del naranja a un suave rosa, con Dakho sin atrapar un solo pez y Sean Grace con su inconfundible risa resonando por doquier. Sintió que quizás, solo quizás, podría aceptar un poco a ese hombre en su vida... hasta que le habló:

—Dakho. Tu madre me pidió que hablara contigo sobre algo importante. Es sobre la Navidad y...

—Siempre paso la Navidad con papá —declaró como si de una verdad absoluta se tratase.

—Lo sé, pero este año tu madre cree que sería mejor que te quedaras aquí, con nosotros.

—¿Qué? —Un semblante violento acompañó sus palabras.

—Sé que no debería decirte esto, pero, Dakho, será bueno que pases más tiempo con nosotros. Esta es tu nueva ciudad, deja tu

antigua vida atrás. Todas las cosas de tu padre... No vale la pena hablar de personas así...

Sean Grace se estaba tomando atribuciones que no le correspondían y lo trataba como si fuese un niño manipulable. Definitivamente, no era la mejor manera de hablar de eso. ¿Por qué su madre no habló ella misma con él? Frunció el ceño, más indignado que molesto.

—No lo entiendo. ¿No eras tú el que dijo que me quería lejos? ¿Ahora quieres que me quede? Decídete, hombre. ¿O es algo sobre poder, acaso?

—Dakho, puedes estar aquí, allá o en el fondo del lago si quisieras. No es una cuestión mía. ¿De acuerdo?

—¿Entonces de quién? ¿De mamá? —Se levantó en el bote mientras lo miraba con sorna; la madera crujió ante su peso.

—Oye, esto es ridículo. Siéntate —dijo Sean con seriedad—, lo digo de buena forma.

—Entiendo lo que dices, pero mi vida no era mala. Solo...

—Escucha, tu padre tiene problemas con sus deudas y el juego. No es seguro para ti estar con él.

—No lo conoces. ¿Quién te crees para decir eso? ¡No! Lo dices para alejarme de él, pero ni siquiera deberías atreverte a hablar sobre eso. —De las cualidades que había heredado de su padre, su terrible temperamento era de las peores.

—Por favor. Sé racional y tranquilízate. Dakho, siéntate, ahora.

—¿No dijiste que era una «cuestión mía»? Piensas que, porque mi madre te eligió a ti, ambos tenemos que hacer todo lo que digas, pero estás equivocado.

—¡No se trata sobre mí! ¡Deja de moverte o vas a voltear el bote!

—¡Todo esto es tu culpa! ¡Desde que llegaste ambos pretenden organizar mi existencia desde cero! Deseo alejarme de ti. ¿No lo entiendes? ¡Mi vida era mejor cuando tú no estabas en ella!

Desear es humano, también lo es el odio.

Le parecía cómico pensar que sus inútiles palabras tuvieran el suficiente poder como para hacer deslizar sus pies sobre el bote, pero solo parecían tener relación con la inestabilidad de Dakho y el impulso hormonal de su cerebro.

Estaban a la mitad del lago; el pequeño bote cedió ligeramente y el peso de Dakho lo hizo caer al agua. Quiso encontrar una explicación mágica a este hecho, pero al parecer se trataba de algo mucho más complejo.

Su pecho ardió cuando golpeó contra la capa del cristal líquido que pareció presionar su cuerpo hacia el fondo. Luchó por mantenerse a flote, pero fue imposible porque, poco a poco, continuaba hundiéndose en las profundidades de ese abismo oscuro que intentaba arrastrarlo al rasgar su piel.

El dolor que sintió fue inexplicable; escuchaba truenos y la luz de fuertes rayos lo cegó. Se estaba quedando sin aire y sentía que su piel se partía bajo el agua, con gotas adhiriéndose a él mientras lo separaban en partes y lo enviaban hacia una oscuridad total que hacía arder su sangre y parecía destruir sus entrañas. Hasta que, aterrado ante el insoportable dolor en sus huesos, lanzó un jadeo.

Quiso gritar y dejar escapar su último aliento, cuando el agua que lo mantenía cautivo lo impulsó hacia afuera, elevando su cuerpo inconsciente hacia la superficie.

La lluvia había comenzado de repente y todo permanecía irremediablemente oscuro. Las ramas de los árboles se movían endemoniadas cuando el viento brusco las agitaba; sin embargo, las ondas en el agua guiaron su cuerpo hasta la orilla.

Él no lo sabía, pero había atravesado algo que ni siquiera alcanzaba a comprender.

1986.
152 DÍAS ANTES DE...

Dakho despertó en una habitación desconocida y comenzó a preguntarse cuánta agua había tragado. Porque no había forma de que esto en realidad estuviera pasando.

Estaba sentado en la cama mientras temblaba y comenzaba a recordar. Su espina dorsal le dolía, podía sentir pequeñas descargas eléctricas cada vez que sus pies descalzos rozaban con la alfombra.

Un muchacho de anteojos lo observaba con curiosidad. Tenía un cuaderno de apuntes y parecía anotar cada palabra que salía de su boca.

—Veamos. Según tu versión, un rayo te atravesó mientras te ahogabas.

—¡Sí!

—Es poco probable —dijo Taylor. Sus finos labios se fruncieron incrédulos—. Un humano no soportaría la descarga, y los iones del agua, aunque su salinidad sea baja, lo vuelven un conductor natural, así que habrías muerto electrocutado.

Oh, no. El chico era un completo *sabelotodo*.

—Tyler, por favor. ¡Sé que no pertenezco aquí! No miento.

—En primer lugar, es Taylor. Y, en segundo, ¿consumes ácidos, cocaína u opio con frecuencia?

—¿Qué? ¡No! —El joven Kim tachó algo de su libreta.

—¿Te inyectas? ¿Usas éxtasis, marihuana o cocaína?

—¡No soy drogadicto! —vociferó—. Además, mencionaste una de esas drogas dos veces.

Taylor se acomodó los anteojos; aquellos ojos que lo miraban con seriedad detrás de los cristales lucían gigantescos.

—Nunca se sabe con la cocaína, amigo —declaró.

Bien. Entonces, si no eran drogas, y este chico Dakho decía la verdad, ¿cómo había sucedido? Los viajes al pasado eran imposibles. Según la mayoría de las teorías, rompían con la estructura de la física básica, pero entonces, ¿cómo? O bueno, ¿por qué?

—Estoy jodido, terminaré en un manicomio y me quedaré atrapado aquí para siempre. —Escondió su rostro entre las manos. Taylor se levantó de pronto y salió de la habitación—. Genial, y mi salvador me deja solo.

Taylor regresó un par de minutos después con un libro, se lo entregó a Dakho solo para luego lanzarse a su lado y quitárselo de nuevo. Era un libro de física.

—A diferencia de otras personas que veían al tiempo como una constante —dijo señalando una página en específico—, Einstein lo consideraba como algo relativo, la teoría de la relatividad va de eso.

—¿Significa que es imposible y que estoy loco? Sí, yo también lo creo.

—No. —Ni siquiera tomaba aire para hablar—. Él también planteó que la gravedad podría ser capaz de curvar el tiempo. Que un objeto sometido a este fenómeno se movería más lento en el espacio temporal.

—¿Dices que el tiempo se alteró treinta y cuatro años por una caída?

—¿De qué año se supone que eres? ¿Cuál debería ser tu fecha espacial correcta?

—El primero de agosto de 2019... Muy lejos de aquí. O bueno, ¿mucho después de aquí?

—Son treinta y tres años, entonces. Llevas mal la cuenta.

—Pues, perdón, usualmente las personas no piensan con claridad después de casi morir.

—Quizás no fue la caída, sino el lago. Es decir, la gravedad actúa de modo distinto en el agua, depende de la densidad del líquido al ser atravesado por un objeto. En este caso, tú ahogándote, pero eso no explicaría una curva tan grande.

—¿Eso tiene sentido?

—No lo sé. Pero la línea espacio-tiempo parece ser más débil de lo que se creía, y cualquier alteración podría cambiar todo significativamente.

—No entiendo ni una mierda.

—Ni yo, aún; pero lo haré. Solo tengo que encontrar el medio y la ecuación correcta.

No tenía otra opción más que creer en el adolescente que escribía cosas velozmente en su libreta. Empezaba a pensar que tal vez el lunático era otro.

—¿Y cuánto tiempo te tomaría eso? —preguntó.

—No lo sé, un par de semanas. Quizás meses. Años... y estoy siendo optimista.

—¿Qué? No tengo tanto tiempo. —Dakho se acercó demasiado a Taylor, hasta casi tocar su rostro contra el perfil del muchacho. No, él no conocía el significado de «espacio personal».

—Tranquilo.... —Taylor se movió, incómodo—. Si esto es real, tu época ni siquiera existe aún, así que tenemos tiempo de sobra para arreglarlo.

El sonido del motor del auto de su madre resonó fuera de la casa, seguido de las llaves de la puerta principal.

—¿Qué es eso? —preguntó Dakho alejándose de él.

—Maldición, mi hermano está aquí —masculló, atrapado—. ¡Entra al armario, ya!

—¿Qué es esto? ¿Una película de mierda?

—¡Solo entra ya, idiota! Se supone que no tengo permitido traer amigos tan tarde a casa, o bueno, vagabundos... —Empujando la espalda de su invitado, lo obligó a entrar al armario.

—¿Acaso tú tienes amigos, cerebrito? —se burló de él con una ligera sonrisa.

—Pues al menos no soy yo el que dice estar atrapado en el pasado, imbécil. Entra ya.

Justo cuando logró encerrarlo, alguien entró deliberadamente a la habitación con aires de superioridad.

—Oye, Taylor, ¿sabes dónde está mamá? —preguntó Sean, y se detuvo de pronto al notarlo exaltado—. ¿Qué estabas haciendo?

La habitación apestaba a tierra mojada y a desesperación. Sí, olía a púber sospechoso:

—¡Nada! Solo estaba estudiando. Y.... no-no, no sé dónde está ella.

—¿Por qué la alfombra está así de mojada?

—Porque comenzó a llover y gracias a que decidiste abandonarme tuve que caminar dos kilómetros y medio bajo la lluvia.

—Oh, sí, gran noche. La película estuvo genial. Fue la mejor cita. La chica es nueva en la ciudad, está en nuestra escuela y es demasiado ardiente.

—Estaba a punto de preguntártelo —dijo Taylor haciendo un rodeo con los ojos.

—Perdón por hablarte de lo que me hace feliz. Perdón por querer tratarte como mi hermano, tarado.

—Deja de molestar a las chicas que vienen de intercambio, eso es bajo hasta para ti. Tú sabes lo que es ser foráneo en este lugar.

—Aguafiestas.

—Si no tienes nada más que hacer aquí, márchate, tengo cosas que hacer.

Dakho veía lo que sucedía a través de las pequeñas rendijas en la puerta del armario. Su estómago comenzó a revolverse.

—¡Solo vine a asegurarme de que no estuvieras manoseándote!

El chico comenzó a reír; Dakho conocía esa extraña risa, pero esperaba estar equivocado. Salvo que no lo estaba.

—¡Fuera de mi habitación, Sean! —gritó Taylor, mientras tiraba del brazo de su hermano mayor para sacarlo del lugar. Cuando logró expulsarlo, azotó la puerta tras su espalda.

—¡Oh, vamos! ¡Por favor, Taylor, no tienes que sentir vergüenza por darte un poco de amor propio! —dijo desde el exterior de la habitación.

—¡Púdrete!

—¡Yo también te quiero!

La risa seguía y seguía, haciendo que los líquidos en el estómago de Dakho subieran por todo su esófago quemándolo cada vez más. Taylor colocó el seguro en la puerta y después se movió de regreso al armario para sacarlo de su encierro.

—Disculpa por eso. Mi hermano es un imbécil y, bueno, como sea —dijo Taylor con cansancio, se preocupó al notar la repentina palidez en el rostro de Dakho—. ¿Qué pasa? ¿Te sientes bien?

—Taylor, ¿qué pasa si alguien de mi época está aquí?

—¿Dices que alguien más viajó contigo?

—No, no, no. Me refiero a.... su versión joven, creo. ¿Recuerdas que mencioné a mi padrastro? Bien, pues podría jurar que el tipo que estaba acá hace dos minutos era él.

—¿Sean Grace? —dijo incrédulo—. Eso es completamente... —se detuvo a pensarlo y, ¡mierda!— posible.

—¿Eso significa que si él me ve destruiré el mundo o algo parecido?

—Tú cruzaste la barrera, te adheriste a esta realidad, pero el Sean de este tiempo está muy lejos de conocerte. No será peligroso si no te relacionas con él... Espero.

Probablemente no eran las mejores conclusiones del mundo, pero ¿qué podían esperar? Eran dos críos asustados no muy convencidos de que el otro dijera la verdad.

—Mi madre y tu hermano se conocieron cuando ella vino de intercambio escolar. Eso quiere decir que ella también está aquí, ¿cierto?

—Sí, es probable.

Como lo había visto tantas veces antes en las películas de ciencia ficción, esta era la oportunidad de arreglar su vida. Solo tenía que desviar ligeramente el destino del tal Sean Grace para que él y su madre volvieran a su vida de tardes comiendo zanahorias y viendo *reality shows*.

—¡Eso es! Mientras tú encuentras la forma de regresarme a mi época, yo evitaré que ese imbécil se acerque a ella.

—Estás empezando a portarte como un estúpido.

—¡¿Por qué?! Solo piénsalo, si ellos se separan y no se cruzan en el futuro, Sean no me llevaría a pescar, y yo debería, ya sabes, aparecer de regreso en mi época o algo así.

—No, de hecho, crearías una paradoja temporal.

—Vamos, ya estoy aquí, regresar no puede ser tan difícil.

—Honestamente, no creo que funcione de esa forma.

—No. ¡Es el plan perfecto! Todo estará bien.

—Si es lo que estoy pensando, no. Definitivamente, es una terrible idea —dijo Taylor, pensando en lo fácil que era para algunos dejarse engañar por la televisión—. Hollywood no va a salvarte.

—¡Claro que sí!

Cualquier idea sobre viajes en el tiempo se había usado ya. Y en el fondo, a Dakho le divertía lo complicado que era encontrar una referencia que no fuera internet o alguna película.

—¿Y cómo piensas hacer eso, tonto? —El enorme suéter de Taylor lo hacía lucir más delgado. O al menos eso fue lo que Dakho alcanzó a percibir. Su cabello aún tenía restos de gel y sus anteojos eclipsaban la mitad de su rostro—. Reacciona, esta es la realidad.

—En vista de que estoy atrapado aquí, me llevarás contigo a la escuela, y listo.

—¿Y qué les digo a mis padres? ¿Cómo les explico que tengo un vagabundo oculto en mi armario?

—Diles que te volviste gitano y trajiste a vivir a tu esposo a casa.

Taylor parpadeó repetidamente.

—El futuro es extraño, y tú también. Ya se me ocurrirá alguna excusa, espero. Pero ni sueñes con que te llevaré conmigo.

—¿Pretendes que me quede en el armario todo el día mientras regresas?

—¿Quién dijo que yo te dejaría quedarte aquí?

Pasó una mano por el cabello del chico, tirando de un mechón castaño que sobresalía detrás de sus orejas.

—Tú lo dijiste, genio —dijo Dakho, bajando el tono de su voz—. Así que no puedes negarte. Piensa en esto como un experimento.

—Suena... tentador.

—¿Me ayudarás?

—En nombre de la ciencia, lo haré. Pero te prometo que, si veo tus ojos ligeramente rojos, te echaré a la calle por adicto.

Dakho sonrió complacido. Esto no era tan malo, o al menos no se veía así en su mente egoísta y adolescente.

No pudo seguir hablando porque algo se nubló dentro de su cabeza; un recuerdo apareció en ella, azotándolo al mismo tiempo que la voz de su padrastro se apoderaba de sus sentidos.

Los hermanos Kim.

«Mi hermano falleció cuando él tenía dieciocho años».

Las palabras de su falso padre lo golpearon. Si esta era la casa del joven Sean Grace, y él y Taylor eran hermanos, eso significaba que...

—Taylor, ¿cuántos años tienes? —preguntó temeroso.

—Diecisiete —respondió con naturalidad.

—¿Qué tan cerca está tu cumpleaños?

—Cumpliré dieciocho en diciembre. ¿Cuál es el problema?

Diciembre. Faltaban cuatro meses. Lo tomó de los hombros, acercándolo hacia él, como buscando su atención, pero Taylor no entendió sus palabras.

—Eres tú —dijo sin siquiera explicarse.

Dakho divagó. Lo observó como preguntándose si era prudente decir algo. Quizás estaba siendo demasiado egoísta, pero su pecho se retorció paranoico, y se limitó a negar con la cabeza y callar. Porque más que familiar, él le resultaba demasiado afable.

Y Taylor deseó con fuerza no sonrojarse cuando ese tipo raro se quedó mirándolo durante un largo rato, manteniéndose cercano a él. Aunque, evidentemente, no pudo evitarlo.

Después de todo, no estaba acostumbrado a estar tan cerca de otro chico.

O de un drogadicto.